

dos años después recibió en encomienda la antigua y venerable abadía de Monte Cassino (1).

Pero aquel hijo de príncipes había de subir todavía más alto: Lorenzo y sus delegados asaltaron incesantemente al Papa y á los cardenales con importunidad sin igual, para que recibieran en el Senado de la Iglesia á aquel adolescente á quien no se tenía escrúpulo en añadir dos años de edad (2). Inocencio VIII opuso larga resistencia: pero finalmente cedió, bien que determinando, en el nombramiento de cardenal de Juan de' Médici, que durante los tres años siguientes no usaría las exteriores insignias de su dignidad, ni tendría asiento ni voz en el Sacro Colegio. Estas determinaciones fueron muy molestas á Lorenzo, y ya á principios del año 1490 hizo que sus delegados urgieran para que se abreviasen aquellos tres años; pero Inocencio VIII, con el deseo de que Juan se consagrara durante aquel tiempo de prueba al estudio de la Teología y el Derecho canónico, permaneció inexorable, y Lorenzo hubo de tomar paciencia hasta que hubiera transcurrido el plazo fijado. Cuando finalmente amaneció aquel día de tanta honra para su hijo, hallábase él ya tan achacoso, que ni siquiera pudo asistir á la solemnidad eclesiástica (3). Inmediatamente después dirigióse el joven cardenal á Roma (4), donde se hicieron grandes preparativos para su recibimiento (5). El 22 de Marzo de 1492, después de medio día, entró el nuevo cardenal diácono de Santa María in Dominica, en la Ciudad eterna, por la Porta del Popolo, y al día siguiente le recibió el Papa en un consistorio con las ceremonias acostumbradas (6). El General de los Camaldulenses, Pedro Delfino, refiere que el joven cardenal produjo en todos muy favorable impresión por su actitud y comportamiento, y le hallaron más sesudo de lo que de su edad podía esperarse (7).

(1) Reumont, Lorenzo II^o, 361 s. Tosti, Monte Cassino III, 199. Cf. Cappelletti 65.

(2) Roscoe, Leo, X, App. 2 ss. Buser, Lorenzo 73 ss.

(3) Cf. Roscoe, Leo X I, 37 ss. Reumont, Lorenzo II^o, 400 s.

(4) de Rossi, Ricordanze 278.

(5) Cf. el *despacho de Boccaccio, fechado en Roma á 21 de Marzo de 1492. *Archivo público de Módena.*

(6) Además del Burchardi Diarium I, 454 sq. la *carta de Delfino citada en la nota que sigue, y la de Juan de' Medici, publicada por Roscoe, App. 17 s., cf. también la **relación de J. L. Cataneo, fechada en Roma, á 27 de Marzo de 1492, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(7) Carta de P. Delfino, que se halla en Roscoe, App. 16 y en el Burchardi Diarium I, 557-559.

Lorenzo de' Médici dirigió en seguida á su hijo una carta llena de consejos, la cual no sólo constituye una prueba de su prudencia política y exquisito conocimiento de los hombres, sino es al propio tiempo monumento de los buenos sentimientos de su autor, el cual, al fin de sus días, se convirtió de nuevo á la verdad cristiana. No pueden leerse sin emoción aquellos avisos para una «vida honesta, ejemplar y virtuosa», los cuales parecen doblemente necesarios para un joven, al dirigirse á una gran ciudad que se había convertido en «lugar de reunión de todos los males». No faltarían «malos consejeros, seductores y envidiosos» que intentarían «atraerlo al precipicio donde ellos mismos se habían despeñado. Los tales confían que vuestra juventud ha de facilitarles esto; por lo cual debéis tomar tanto mayor empeño en dejar frustradas sus esperanzas, cuanto actualmente el Colegio cardenalicio se halla más escaso de buenas cualidades. Acuérdomo yo haber visto ese Colegio lleno de hombres doctos y virtuosos, y es prudente seguir el ejemplo de aquéllos; pues seréis con tanto mayor seguridad amado y estimado, cuanto vuestra conducta más se diferencie de la de esos otros. Pero como Scila y Caribdis debéis tener igual cuidado en huir del reproche de hipocresía y de la mala nombradía. Habéis de tener mucho cuidado con la moderación, y tanto en vuestra conducta como en vuestras palabras, evitar todo aquello que pueda molestar á otros, sin hacer alarde de austeridad y rigor. Cosas son éstas que vos aprenderéis con el tiempo, y en las que procederéis mejor, según mi sentir, de lo que yo ahora podría avisaros.

»No os será difícil conocer de cuánta importancia sea la persona y el ejemplo de un cardenal. Si los cardenales fueran como debían, andaría el mundo mejor; pues siempre elegirían un buen Papa, y asegurarían de este modo la paz de la Cristiandad. Por tanto, esforzaos en ser tal, que si los otros se parecieran á vos hubiera de nacer de ello el mayor bien. En todo caso debéis tener advertencia en mostraros, en vuestro trato con los cardenales y otras personas de alta jerarquía, respetuoso y modesto, midiendo las cosas conforme al sereno juicio, y no según las pasiones de otros; pues muchos hacen fuerza á la razón proponiéndose como fin cosas ilícitas. Satisfaced asimismo á vuestra propia conciencia, no dando lugar ninguno en vuestra conversación á cosas ofensivas. Esta me parece en vuestro caso la primera y

más importante prescripción; pues aun cuando alguno se deje llevar por la pasión á la enemistad, sin embargo, la vuelta es fácil respecto de aquellos que no han dado ningún verdadero motivo de queja. En esta vuestra primera permanencia en Roma creo yo que haréis bien en serviros más de los oídos que de la lengua.

»Hoy os he entregado totalmente á Dios y á la Santa Iglesia. Por tanto, es necesario que seáis un buen eclesiástico, y persuadáis á todos, que anteponéis el bien y el honor de la Iglesia y de la Sede Apostólica, á todas las cosas de este mundo y á todos los demás respetos é intereses. Tened esto ante los ojos, y no os faltará ocasión de ser provechoso así á esta ciudad como á nuestra Casa, pues la concordia con la Iglesia es para la ciudad muy ventajosa, y vos debéis formar el lazo de unión entre ambas, mientras nuestra Casa va con la ciudad. Aun cuando ahora no puedan preverse las cosas por venir, creo yo, no obstante, así en general, que no nos faltarán medios de asegurarnos en uno y otro respecto, si vos perseveráis firmemente en la excelente resolución de dar á la Iglesia la preferencia sobre todo lo demás.

»Sois el más joven de los miembros del Sacro Colegio, no sólo de los presentes, sino generalmente de todos los que hasta ahora han entrado en él; por lo cual, es necesario que, cuando os reuniereis con otros, seáis tan atento como respetuoso, y ni en la capilla, ni en el consistorio ó diputación, os hagáis nunca esperar. Pronto conoceréis los más ó menos recomendables entre vuestros colegas. Con los de conducta desordenada haréis bien en evitar el trato íntimo, no sólo por la cosa en sí misma, sino también á causa de la opinión pública. Vuestra conversación con todos ha de versar sobre los objetos más generales que posible fuere. Al presentaros en las ocasiones solemnes, me parece más prudente que os quedéis algo atrás del término medio, que no que lo traspaséis.

»Yo preferiría una caballeriza bien provista y una servidumbre decorosa y bien ordenada, á la riqueza y á la pompa. Procurad vivir arregladamente, é introducir poco á poco un orden estable, lo cual por lo pronto, cuando el señor y la servidumbre son nuevos, no se puede conseguir. La seda y las joyas sólo en casos raros sientan bien á vuestra posición, y mejor os estarán algunas antigüedades excelentes y hermosos libros, y una sociedad más digna y erudita que numerosa. Gustad más de convidar frecuen-

temente á otras personas á vuestra mesa, que de asistir á muchos banquetes; pero también en esto se ha de proceder con mesura. Vos mismo usad manjares simples y procurad mucho movimiento; pues, en vuestra actual posición, es fácil contraer alguna enfermedad por falta de cuidado. Esta posición no es menos segura que elevada, por lo cual sucede muchas veces, que los que han llegado á ella se hacen negligentes, como diciéndose: que han conseguido un lugar alto, el cual creen poder conservar sin grandes esfuerzos, y esto perjudica con frecuencia, así á su posición como á su salud. En lo tocante á ésta, os aconsejo que seáis lo más precavido que pudiereis, y pequéis antes por defecto que por exceso de confianza.

»Una regla de vida os recomiendo en primer lugar: levantaos temprano por la mañana; pues, prescindiendo del provecho de la salud, os dará tiempo para atender á todos los negocios del día, y hallaréis muchas ventajas para cumplir con vuestras diversas obligaciones; pues habéis de rezar el oficio divino, estudiar, conceder audiencias y demás. Otra cosa es asimismo de importancia para las personas de vuestra clase: siempre, y principalmente ahora en estos comienzos, considerad de parte de noche lo que tenéis que hacer al día siguiente, para que los negocios no os tomen desprevenido. Por lo que toca á hablar en el consistorio, soy de parecer que en todas las cosas que ocurrieren ahora, lo más laudable y más conforme con vuestras circunstancias es que, por razón de vuestra juventud é inexperiencia, os atengáis al Santo Padre y á sus prudentes juicios. Sin duda seréis muchas veces solicitado para hablar de particulares negocios con Su Santidad, é interponer vuestra mediación. Tomad á pechos, en estos primeros tiempos, solicitar lo menos posible y no haceros cargoso al Santo Padre; pues él es por su índole inclinado á complacer, principalmente á aquellos que le atormentan menos los oídos. Páreceme conveniente tengáis cuidado de que no se le moleste, sino se le trate de cosas agradables, pues una petición presentada con modestia se acomoda mejor á su propio carácter y le deja más grato. Tened salud» (1).

El juicio de Lorenzo de' Médici sobre el Colegio cardenalicio en tiempo de Inocencio VIII, estaba, por desgracia, demasíadamente justificado. No por eso dejaba de haber todavía algunos

(1) Fabronius II, 308 sq. Reumont, II, 406 ss.

varones dignos de estimación en el Senado de la Iglesia; pero los tales quedaban oscurecidos ante la mayoría de los aseglarados; y precisamente uno de los adalides de aquellos elementos mejores, Marco Barbo, murió en la primavera de 1491. «La muerte de aquel excelente varón, dice un contemporáneo, fué una grave pérdida para la Santa Sede y para toda la Cristiandad» (1).

Entre los cardenales mundanos descollaban: Ascanio Sforza, Riario, Orsini, Sclafenati, Juan Balue, Juliano della Róvere, Savelli y Rodrigo de Borja. Todos estos grandes señores estaban más ó menos fuertemente contagiados por la corrupción de las clases elevadas en la época del Renacimiento italiano. En magníficos palacios, rodeados del exquisito lujo de una cultura sumamente desarrollada, vivían estos cardenales enteramente como príncipes seculares, y parecían no considerar sus hábitos eclesiásticos sino como un ornamento de su estado; cazaban, jugaban grandes sumas, daban opíparos banquetes, celebraban sibaríticas fiestas, tomaban parte en las licenciosas diversiones del carnaval (2) y se permitían graves excesos en sus costumbres. Principalmente puede decirse esto de *Rodrigo de Borja*. Creado cardenal en sus años juveniles, y hecho Vicecanciller por su tío Calixto III, había juntado Rodrigo en su persona numerosos beneficios y disponía de una renta digna de un príncipe. Ya en tiempo de Sixto IV pasaba por el más rico de todos los cardenales, después de Estouteville (3). Caballero brillante, corpulento y de majestuoso aspecto, al propio tiempo que de alegre carácter y persuasiva elocuencia, atraía, según la frase de un contemporáneo, á las mujeres hermosas, con más fuerza que el imán al hierro. Por su conducta desarreglada, había merecido ya el cardenal Rodrigo graves amonestaciones del Papa Pío II (4): pero todo fué inútil. Aun

(1) Sigismondo de' Conti, II, 35.

(2) Burckhardt, II^a, 163. Sobre la corrupción de las clases más elevadas, cf. más arriba nuestras indicaciones, p. 147 ss.

(3) Jacobus Volaterranus 130. Después de la muerte de Estouteville, creásele generalmente el más rico de todos los cardenales; v. Rossi, Ricordanze 279.

(4) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 444 ss. Allí se han hecho también observaciones particulares sobre los apologistas modernos de Rodrigo. Si entre éstos no he nombrado á Nemeo, ha sido porque él mismo ha confesado (p. 38), que respecto de la vida y costumbres de Rodrigo, se adhiere de todo en todo á la obra de Ollivier, llena enteramente de falsedades. Contiene también buenas observaciones contra los apologistas de Alejandro VI el estudio publicado

después de haber recibido el orden sacerdotal (probablemente en Agosto de 1468, cuando obtuvo el obispado de Albano, que en 1476 cambió con el de Porto), no abandonó su vida licenciosa, y hasta su fin le tuvo cautivo el demonio de la sensualidad.

Desde fines del séptimo decenio del siglo xv mantenía el cardenal Borja relaciones ilícitas con la romana *Vanozza de Catanis*, nacida en 1442. Esta mujer, que contrajo matrimonio tres veces (en 1474 con Domenico de Arignano; en 1480 con el milanés Jorge de Croce, y en 1486 con el mantuano Carlos Canale), dió al cardenal cuatro hijos. *Vanozza* murió en Roma á los 76 años, el 26 de Noviembre de 1518, y en su epitafio se nombran sus hijos en el siguiente orden: César, Juan, Jofré y Lucrecia (1).

Además de los mencionados, tuvo el cardenal Rodrigo de Borja otros hijos; así tuvo un hijo llamado Pedro Luis, el cual había ya nacido seguramente poco después de 1460 (2) y una hija, Jerónima, los cuales hubo probablemente de otra madre (3). Rodrigo

por Douais en la revista *La Controverse: Les débats recents sur la vie privée d'Alexandre VI*, quien da en todo su asentimiento á L'Épinois, Rev. d. quest. hist. XXIX (1881), 357 s.

(1) El epitafio de *Vanozza*, que antiguamente se hallaba en Santa María del Popolo, ha desaparecido, al igual que otros mil, pero se ha conservado en una colección de manuscritos; dudar de su autenticidad con Ollivier, es simplemente ridículo (Reumont en el *Bonner Literaturblatt* V, 690). El epitafio es el siguiente:

Vanotiae Cathanae Caesare Valentiae Joane Candie
Jofrido Scylatii et Lucretia Ferrariae ducib. filiis nobili
Probitate insigni religione eximia pari et aetate et
Prudentia optime de xenodochio Lateraneñ. merita
Hieronymus Picus fideicommiss. procur. ex test. pos.

Vix. an. LXXVI, m. IV. d. XIII. obiit anno MDXVIII. XXVI. No.

Forcella, *Iscriz.* I, 335. Sobre *Vanozza* (forma diminutiva por Giovanna, como Paluzzo por Paolo), que según el testimonio de Jovio procuró en la vejez expiar sus culpas con ejercicios de piedad, cf. Gregorovius VII^a, 305 s. y Lucrezia 10 ss. Henri de l'Épinois, Alexandre VI, en la Rev. d. quest. hist. XXIV (1881) 379 s. Arch. st. ital. 3. Serie, IX, 1, 80 s.; XVII, 324 s., 510. Arch. d. Soc. Rom. VII, 402 ss. y Pericoli 74 ss.

(2) Esto se saca de la escritura de legitimación otorgada por Sixto IV en 5 de Noviembre de 1481, en la que Pedro Luis es llamado *adolescens*, nacido de tunc Diacono Cardinali et soluta, como también de que, según otro documento, Pedro Luis en 1483, debía de tener á lo menos 20 años. Thuasne, *Burchardi Diarium* III, Suppl. à l'app. p. III s. Oliver 108 cree, que Pedro Luis ya había nacido hacia 1458; cf. 429 y Mon. hist. 226 ss.

(3) Cittadella, *Albero* n.º 32 y p. 49 s. Gregorovius, Lucrezia 18. Reumont en Arch. st. ital. 3 Serie, XVII, 330.

procuró al principio colocar á estos hijos, que poco á poco fueron legitimados, en su patria española. Para Pedro Luis adquirió en 1485 el Ducado de Gandía; y en el documento expedido por Don Fernando el Católico se dice expresamente, que el nuevo Duque procedía de padres nobles, que se había distinguido por sus conocimientos bélicos y disciplina militar, y servido celosamente en la guerra contra el rey de Granada. Pedro Luis, que se desposó con Doña María Enríquez, hija del Mayordomo y tío del Rey Don Fernando, marchó á Roma en 1488, y en el mes de Agosto enfermó gravemente y murió (de cierto antes del año 1491). Instuyó por su universal heredero al mejor de los hijos de Rodrigo, su hermano Juan. Este, nacido en 1474, casó también más adelante con la prometida esposa del difunto (1).

El tercer hijo del cardenal, por nombre *César*, nacido en 1475 (2), fué destinado al estado eclesiástico desde su niñez, sin atención á sus disposiciones y voluntad. Sixto IV le dispensó á 1 de Octubre de 1480 del impedimento canónico para recibir las órdenes; es á saber: por falta de legítimo nacimiento; puesto que tenía por padre á un cardenal obispo, y por madre á una mujer casada (3). Luego á la edad de siete años fué nombrado protonotario, y obtuvo beneficios en Játiva y en otras ciudades de España, y en tiempo de Inocencio VIII el obispado de Pamplona (4). Asimismo Jofré, nacido en 1480 ó 1481 se destinó al estado eclesiástico (5) y se le halla como canónigo, prebendado y arcediano de la catedral de Valencia. Lo propio que todos los demás hijos de Rodrigo, parece que también Lucrecia, nacida en 1478 (6), estuvo destinada al principio

(1) Höfler, R. de Borja 50 s. Oliver 437 s., 439 s. Mon. hist. 228 s.

(2) Reumont, en Arch. st. ital. 3 Serie, XVII, 327, hace nacer á César Borja en 1473. Thuasne, Burchardi Diarium I, 420 cre que César nació en 1474, mientras Gregorovius, Lucrezia 12, é Yriarte I, 36 están por el año 1476. L'Épinois, Alexandre VI, 371 s., muestra que estas opiniones difícilmente pueden ser exactas, y que parece más probable la fecha de 1475. Höfler, R. de Borja 53 admite 1474/75. Finalmente Oliver 409, cf. 420, 427, 434, se decide por 1475, y habla también en favor de esta fecha un documento de 31 de Agosto de 1492, que yo he hallado en el *Archivo secreto pontificio*; v. apéndice, n.º 15. Cf. también Engl. Hist. Review XII (1897), 562.

(3) De episcopo Cardinali genitus et conjugata. L'Épinois 373. Oliver 420.

(4) Oliver 427 s. y más abajo, apéndice, n.º 15.

(5) Cf. L'Épinois 378 y especialmente el documento de 31 de Agosto de 1499 que he hallado en el *Archivo secreto pontificio*, Cf. apéndice, n.º 17. V. también, n.º 19.

(6) Gregorovius, Lucrezia 12 (3 edición, 13), tiene por cierto que Lucrecia nació el 18 de Abril de 1480. Esta opinión, de que también participan Reumont,

á pasar la vida en la tierra de su padre, pues en 1491 se la había desposado con un español.

La madre de estos hijos, Vanozza de Cataneis, poseía en Roma productivas haciendas, y una casa en la Piazza Branca, muy cerca del palacio que se había construido el cardenal Rodrigo. Este edificio (en la actualidad Palazzo Sforza Cesarini), pasaba, no sólo por el más hermoso de Roma, sino por uno de los primeros de toda Italia (1).

Jácome da Volterra escribía en tiempo de Inocencio VIII lo siguiente, acerca del cardenal Borja: «Es hombre de ingenio, hábil para todo y de altos pensamientos; su palabra es elocuente, y aunque no posee sino un mediano conocimiento de la literatura, tiene un estilo fácil. Es por naturaleza sagaz, y de admirable actividad en el manejo de los negocios; celébranse sus riquezas, y su prestigio es grande, por sus relaciones con los más de los reyes y de los príncipes. Posee un palacio tan hermoso como cómodamente dispuesto, el cual se ha construido casi á la mitad del camino entre el puente de Sant'Angelo y el Campo di Fiore. Es enorme la muchedumbre de las rentas que percibe de numerosos beneficios eclesiásticos, muchas abadías en España é Italia, y de los tres obispados de Valencia, Porto y Cartagena, mientras el cargo de Vicecanciller le produce, según se dice, 8,000 ducados de oro anuales. La multitud de sus alhajas de plata, sus perlas, oro y sedas, tapetes bordados y ornamentos sacerdotales, y sus libros sobre todas las ciencias, es muy grande, y todo ello de una magnificencia digna de un Rey ó de un Papa. Paso en silencio los innumerables adornos de sus camas y sus caballos, y asimismo lo demás que posee en oro, plata y sedas, así como su precioso y abundante guardarropa y los tesoros de dinero que ha amontonado» (2).

en el Arch. st. ital. 3 serie, XVII, 331 y Leonetti, parece con todo errónea, según los datos reunidos por L'Épinois, 376. Están además por el año 1478, Citadella, Albero genealogico e di memorie sulla famiglia Borgia 34, y la Civ. catt. 3 Serie, IX, 724.

(1) Gasp. Veronen. en Muratori III, 2, 1036. Cf. Rosmini, Storia di Milano IV, 32; Cancellieri en Effem. lett. 1821; Ratti I, 84 s., y Leonetti I, 155 s. Gregorovius se equivoca al afirmar que el palacio de Borja no se construyó hasta después de 1482. Los pasajes de las fuentes citadas arriba, demuestran que el edificio en lo esencial estaba ya terminado en tiempo de Paulo II. Cf. en el apéndice n.º 13, el documento del *Archivo secreto pontificio*.

(2) Jacob. Volaterranus, 130. Cf. Gregorovius, Lucrezia, 17, quien aquí como en la 3.ª edición, 17, se equivoca completamente traduciendo *Chartaginensis*

Una carta, hasta ahora desconocida, del cardenal Ascanio Sforza, de 22 de Octubre de 1484 (1), da muy interesantes noticias sobre la vivienda extraordinariamente lujosa del cardenal Borja. El día mencionado daba Borja, que por lo demás no solía mostrarse amigo de los placeres de la mesa, una espléndida cena en su palacio, á la cual asistieron, además de Ascanio, otros tres cardenales, entre ellos Juliano della Róvere. Todo el palacio, refiere Ascanio Sforza, estaba adornado con el mayor fausto. En el primer gran salón veíanse por todas partes cubiertas las paredes de tapices bordados, que representaban acaecimientos históricos. Seguía una sala menor, asimismo cubiertas las paredes de hermosísimos gobelinos, y el suelo con alfombras, en perfecta armonía con lo demás del mueblaje. Entre éste descollaba una cama de aparato, con un cielorraso riquísimamente adornado de raso encarnado. En esta sala estaba también la *credenza* del cardenal, es á saber, un armario con aparador, en el cual se hallaban expuestos, en gran cantidad, vasos y vajillas de oro y plata, entre ellos trabajos de acabadísima perfección, que producían una vista maravillosa. Al mencionado salón seguían otros dos; uno tapizado de raso con alfombras en el suelo y un lecho de aparato de terciopelo alejandrino; y el otro, más rico todavía, contenía asimismo una cama de lujo cubierta de brocado de oro y adornada con la mayor magnificencia que se puede pensar. En medio había una mesa con tapete de terciopelo alejandrino, y rodeada de sillas finamente talladas (2).

Con Rodrigo de Borja emulaba, en afición al fausto y en riqueza, su rival *Ascanio Sforza*, á quien Sixto IV elevó en 1484 al cardenalato por consideraciones políticas, y proveyó copiosamente de lucrativos beneficios. Su renta sobrepujaba, en tiempo del sucesor de Inocencio VIII, á la de todos los cardenales, ascendiendo á 30,000 ducados, que hacen, según la actual estimación de

por Cartago. Sobre la edición de las *Glossae Roderici Portuens. episc. in regulas cancellariae*, v. Audiffredi, 282.

(1) V. el texto en el apéndice n.º 2, según el original, que hallé en el *Archivo público de Milán*.

(2) Si se compara este cuadro de historia de la civilización, con la pintura trazada por Gregorovius, *Lucrezia*, 15, de la disposición de la casa de Vanozza, tiene sobre ella la ventaja que no ha nacido de la fantasía y combinación de un escritor que vive cuatrocientos años más tarde, sino tiene su origen en la relación de un testigo ocular.

la moneda, un millón y medio de francos; y ponía al cardenal en estado de mantener una corte por extremo fastuosa. Con especial afición se entregaba Ascanio á la caza, y el número de sus caballos, perros y halcones, era extraordinariamente grande. Una fiesta nocturna que dió en los últimos años de Inocencio VIII al príncipe de Capua, Ferrantino, nieto del rey Ferrante, fué calificada por un contemporáneo de fabulosamente espléndida. Los amigos de Ascanio ensalzaban, con razón, su gran expedición en los negocios de Estado: y juntamente era el cardenal muy entendido en literatura y arte. A su servicio estaba Serafín Aquilano. El cardenal Ascanio llegó hasta á ejercitarse en trabajos literarios, probó sus fuerzas en la poesía latina é italiana, y subvencionó liberalmente á los eruditos; y finalmente, es digno de reconocimiento no haber tampoco Ascanio Sforza, en la repartición de sus donativos, olvidado á los pobres de Roma (1).

No eran mucho mejores que Borja, desde el punto de vista moral, los cardenales *Federico Sanseverino* (2) y el rico *Bautista Orsini* (3), y asimismo el cardenal *Balue*, que volvía á vivir en Roma desde Febrero de 1485, estaba lleno de un espíritu predominantemente aseglarado. Las pasiones de este hombre ambicioso y extraordinariamente hábil, eran la política y el amontonar riquezas; y por causa de esto olvidaba todo lo demás. A pesar de todas las vicisitudes de su agitada vida, dejó Balue, al morir en el año de 1491, una fortuna de 100,000 ducados (4).

Muy aseglarado era además indudablemente *Juliano della Róvere*, la personalidad más notable del Colegio Cardenalicio. La política y la guerra eran sus pasiones dominantes; hombre «que llevaba enteramente el sello del siglo xv al cual pertenecía, y cuya fuerza de voluntad, impetuosidad en la acción, y grandiosidad de ideas y de planes, trasladó á la nueva época. Era ambicioso y soberbio, muy convencido de su propio valer, súbito en airarse hasta el furor, pero nunca rastrero ni pequeño (5). Ese cardenal observó

(1) Reumont III, 1, 199 s.; 263. Arch. st. Lomb. II, 379 s. Ratti I, 78 s. tiene una tendencia demasiado apologética.

(2) Cf. el *despacho de Costabile, fechado en Roma á 4 de Marzo de 1508. *Archivo público de Módena*.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 264. Cf. *Dispacci di A. Giustini* I, 309.

(4) Cf. la monografía muy fundamental de Forgeot 125 s., 151 s., donde el cardenal es apreciado por primera vez justamente y por todos aspectos.

(5) Gregorovius VIII³, 19 s.